

El gobierno de Adolfo Ruiz Cortines y la dictadura militar venezolana (1952-1958)

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Quizá sea conveniente iniciar este trabajo con el recordatorio de que nuestro país rige su política exterior sobre los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, amén de que presumió durante mucho tiempo de su condición revolucionaria, por lo que no fue bien visto por las dictaduras que en este continente han sido, las cuales gozaron de cabal salud durante mucho tiempo. Éste ha sido el caso concreto de Venezuela, que durante toda la primera mitad del siglo XX fue gobernada por regímenes autoritarios de impronta militar, hasta enero de 1958, cuando un movimiento cívico-militar, acompañado de la insurgencia del pueblo caraqueño, derrocó al general Marcos Pérez Jiménez, hecho que marcó la transición hacia la democracia representativa —la cual, por cierto, tampoco ha rendido buenas cuentas en los cuarenta años transcurridos desde entonces.

Durante la década que va de 1923 a 1933, las relaciones diplomáticas con Venezuela se mantuvieron interrumpidas a causa de unas tronantes declaraciones de José Vasconcelos contra el presidente dictador de ese país, Juan Vicente Gómez. Se restablecieron el 24 de julio de 1933, al conmemorarse el sesquicentenario del natalicio del Libertador. Por cierto, la noticia se presentó en la prensa con un bajo perfil, en un afán de que pasara inadvertida, aunque las manifestaciones de descontento no dejaron de producirse, pues los estudiantes mexicanos se manifestaban acérrimos antigomecistas.

Las relaciones diplomáticas entre ambos países prosiguieron normalmente, a pesar de los cambios de gobierno acaecidos en ellos. Concretamente, en Venezuela se sucedieron algunos por métodos no ortodoxos, pero en esos

casos México aplicó la Doctrina Estrada, promulgada en septiembre de 1930 ante la urgencia de contar con una definición de política exterior frente a los numerosos golpes de Estado provocados por la crisis de 1929, que tuvo perversos efectos sobre América Latina.

A la primavera democrática de la inmediata posguerra sucedió una serie de golpes de Estado que inscribieron a la región dentro del clima autoritario de la guerra fría. Como lo hizo también en Perú, donde gobernaba el general Manuel Odría, cuyo periodo presidencial abarcó de 1948 a 1956, México envió como su representante diplomático en Venezuela a un influyente miembro del Ejército, el general de división Ignacio Otero Pablos, antiguo miembro del Estado Mayor del general Obregón y sonoreense como él, quien duró en la embajada dos años, de 1950 a 1952. Como es lógico suponer, nuestro representante diplomático simpatizó con el régimen militar establecido en Venezuela a partir del cuartelazo contra Rómulo Gallegos en noviembre de 1948. En ambos países se hallaban en el poder gobiernos desarrollistas que pregonaban la necesidad de superar el atraso y la miseria que entorpecían el mejoramiento integral de nuestros pueblos, mientras se daba primordial importancia a la realización del ideal modernizador, expresado en las obras materiales. Las relaciones diplomáticas de nuestro país con el gobierno militar venezolano fueron tersas, al grado de que en septiembre de 1952, en vísperas del término del gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952), se condecoró a los integrantes de la Junta de Gobierno con el Águila Azteca.

Durante los diez años de gobierno militar, en Venezuela (1948-1958) se vivió una época de prosperidad y cre-

cimiento económico, basada en la creciente exportación petrolera y en el mejor precio alcanzado por el energético (desde 1928 hasta 1960, Venezuela fue el segundo productor mundial de crudo, después de los Estados Unidos. En esa segunda fecha, fue superado por la extinta Unión Soviética). Con los recursos provenientes de ello, se afianzó el intervencionismo estatal en la economía, se efectuó una importante labor en pro de la modernización de la infraestructura y se apoyó el establecimiento de industrias básicas con el fin de independizar a la economía de la excesiva dependencia petrolera y para satisfacer "los requerimientos integrales de la defensa nacional".

La opulenta Caracas fue sede de la X Conferencia Interamericana celebrada en marzo de 1954, cuando se promulgó la declaración anticomunista que dio luz verde a la agresión contra el gobierno reformista de Jacobo Arbenz. En la misma, los gobiernos mexicano y venezolano insistieron en que, para atajar el creciente peligro rojo, era necesario el crecimiento económico y la ayuda internacional al desarrollo con el fin de lograr mejores condiciones de vida, pues un pueblo pobre y abatido era presa fácil del comunismo. Así lo señaló Adolfo Ruiz Cortines en su informe presidencial de septiembre de 1954, en referencia a dicho encuentro (después de hacer declaración de fe de los principios rectores de la política exterior mexicana: "La solución pacífica de los conflictos, la no intervención en los asuntos internos o externos de los Estados, la solidaridad en la defensa ante la agresión, y la colaboración indispensable en todos los planos, para el armónico desarrollo del sistema interamericano"):

Como lo habíamos hecho ya en otras conferencias interamericanas, México afirmó el convencimiento que tiene de que uno de los mejores medios para asegurar a la democracia en América debe buscarse en el progreso económico y en el perfeccionamiento de la justicia social en todos sus pueblos, oponiendo —a la propaganda de doctrinas que no corresponden a lo esencial de nuestra mexicanidad— un impulso cada vez más vigoroso en el ejercicio real de la democracia.¹

En dicha reunión nuestro país se batió valerosamente por los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos, pero sus esfuerzos fueron nulificados por la

¹ Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Enero a diciembre de 1954, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1955, p. 12.

delegación norteamericana encabezada por el secretario de Estado John Foster Dulles, artífice de la guerra fría, y el escaso entusiasmo que sus propuestas despertaron en sus contrapartes latinoamericanas, por lo que se decidió por la abstención.² Anotemos que sí fue aceptada la proposición mexicana de debatir el tema "Derechos Humanos: medidas tendientes a promover los Derechos Humanos sin menoscabo a la soberanía nacional y al principio de no intervención", iniciativa aprobada por los países participantes. Anteriormente, en la IX Conferencia Interamericana celebrada en la primavera de 1948 en Bogotá, Colombia, nuestro país no secundó la iniciativa venezolana, presentada por Rómulo Betancourt, de que sólo gobiernos elegidos democráticamente podrían ser miembros de la recién creada Organización de Estados Americanos y rechazó la moción presentada por ese país, Uruguay y Guatemala, quienes propusieron que el nuevo organismo "previese la acción solidaria contra violaciones a los derechos humanos en el seno de los estados americanos",³ en consideración a que pudiera usarse como pretexto intervencionista. El cambio de actitud de nuestro país se debió, principalmente, al hecho de que, en 1954, 13 de las 20 repúblicas latinoamericanas eran gobernadas por regímenes militares, por lo que el tema del respeto a los derechos humanos cobró mayor relevancia.

El embajador mexicano designado en Caracas a mediados de 1955, licenciado Salvador Martínez de Alva, diplomático de carrera asignado previamente en nuestra misión en Quito, reportaba a la Secretaría de Relaciones Exteriores que, en virtud del alto costo de la vida en la capital venezolana, "la alternativa es mandar aquí a un multimillonario que conozca el oficio y que esté dispuesto a gastar sus millones". Asimismo, era necesario remozar y amueblar la misión y aumentar el personal a ella adscrito, "si México desea hacer un papel aunque sólo sea moderadamente discreto en este país". Informó, igualmente, que en la primera semana de diciembre se inaugurarían obras por valor de más de 1 105 millones de bolívares, unos 4 500 millones de pesos mexicanos, y concluyó: "Se puede decir que, por el momento, el mayor problema del gobierno de este país, es encontrar en qué invertir sus enormes ingresos."⁴ (A manera de analogía, apuntemos que durante el sexenio alemanista

² Vid., Olga Pellicer de Brody y Esteban L. Mancilla, *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1952-1960. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, vol. 23, Colmex, México, pp. 97-114.

³ Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina*, Nueva Sociedad-Nueva Imagen, México, 1982, p. 256.

⁴ Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. III-1722-1.

las inversiones directas del gobierno federal sumaron más de cinco mil millones de pesos, según el secretario de Hacienda Ramón Beteta.)⁵ A principios de 1956, Martínez de Alva afirmaba que el gobierno venezolano se consolidaba cada día más: lo apoyaban, "incondicionalmente, la prensa, el ejército, la Iglesia, el comercio, la industria, el petróleo, y la embajada de los Estados Unidos". Lo único que podía cambiar la situación era un cuartelazo, lo que veía difícil, pues las fuerzas armadas, "que todo lo dominan, parecen estar también satisfechísimas".⁶ El optimismo era tal, que el señor Giuseppe Bettiol, presidente de la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados italiana, declaró: "Dentro de diez años, a mi parecer, Venezuela será el primer país de América del Sur y, proporcionalmente, más fuerte económicamente que los Estados Unidos."⁷

Las noticias que se publicaban en Caracas respecto a nuestro país se vinculaban sobre todo con la industria cinematográfica nacional y sus principales actores, así como con toreros, futbolistas, vedetes y asuntos culturales como el muralismo y la arquitectura mexicanos. También se informaba, discretamente, de movimientos huelguísticos estudiantiles y de la actividad de los exiliados políticos en México, que formaban legión. Como escribía nuestro embajador a mediados de 1956: "Sigue reinando entre México y Venezuela y entre la prensa de uno y otro país, la misma tónica suave, indiferente y vaga."⁸ Martínez de Alva se preocupó por alertar a nuestro gobierno sobre los afanes expansionistas del gobierno militar venezolano, que durante la década de su predominio apoyó económicamente a varios países latinoamericanos, sobre todo de la cuenca del Caribe y de Centroamérica, algunos todavía no independientes, en una suerte de Plan Marshall tropical cuya finalidad era crear un entorno favorable, una zona de influencia de naciones amigas,



Dulce María Núñez

necesaria si se tiene en cuenta que el acceso de Venezuela al mar abierto está marcado por un cinturón de islas. Se buscaba llenar el vacío que dejarían las potencias coloniales al abandonar la región; como afirmaba el hombre fuerte, el general Pérez Jiménez: "Hay que exportar obras, no dinero. Hay que exportar civilización. Hay que darle a esos pueblos lo que ellos no habían tenido con sus colonizadores."⁹ Las intenciones no eran tan altruistas, por supuesto. La prensa de la época escribía con todas sus letras que las Antillas Holandesas debían ser venezolanas, no sólo por la evidente cercanía geográfica, sino porque existían múltiples similitudes religiosas, culturales y étnicas entre ellas y el país sudamericano. Se confiaba en que los mismos habitantes de las islas pedirían su incorporación al millonario vecino cuando se independizaran de sus metrópolis. Martínez de Alva escribía al respecto: "Personalmente creo que el gobierno de Venezuela hace

discretamente cuanto puede para ganarse el afecto de los antillanos con miras a una unión a la que creen tener pleno derecho desde mil puntos de vista."¹⁰ En agosto de 1956, volvió a tocar el tema:

Los venezolanos que forman la oligarquía se sienten no sólo eufóricos, sino arrogantes, soberbios, agresivos, y no es ya secreto para nadie que el Gobierno de Venezuela aspira a adquirir en la primera oportunidad no sólo territorios realmente vecinos, sino Trinidad, las Antillas Holandesas y las Guayanas, y que aspiran asimismo a extender su radio de acción sobre Centroamérica y quién sabe qué otros países más.

A fines del mismo año apuntaba: "Aunque parezca increíble, ya se consideran amos del Caribe."¹¹

Como es lógico suponer, Venezuela mantenía relaciones estrechas con los países cuyos gobiernos eran similares al suyo, como el Paraguay de Stroessner, el Perú de Odría y la Guatemala de Castillo Armas y de su sucesor Ydígoras Fuentes. En relación con el diferendo sobre Belice, quizá

⁵ Ramón Beteta, *La realidad económica mexicana*, Nuevo México, México, s-f, p. 28 (Discurso pronunciado en la XVIII Convención Nacional Bancaria, abril de 1952).

⁶ Archivo Histórico Diplomático Mexicano (AHDM), III-1722-1.

⁷ Despacho desde Roma de France Press, 26 de abril de 1956. AHDM, III-1754-1.

⁸ AHDM, III-1805-9.

⁹ Citado en Agustín Blanco Muñoz, *Pedro Estrada habló*, UCV, Caracas, 1983, p. 289.

¹⁰ AHDM, III-1754-1.

¹¹ AHDM, III-1805-9. Subrayado en el original.

convenga aclarar que Venezuela apoyaba al país centroamericano en su reclamación sobre ese territorio, lo que se contradecía con los derechos de México, que en ese tiempo todavía reivindicaba. Según nuestro representante en Caracas, la cancillería venezolana concluía que la influencia mexicana en Centroamérica “decae perceptiblemente, y que ellos deben suplantarnos”.¹² Parecía ser que Venezuela pretendía reconstituir la Gran Colombia, amén de extender su radio de acción hacia Centroamérica y el Caribe, a donde enviaba su flamante equipo naval con motivo de las tomas de posesión de los presidentes de la zona. Colombia sufría su incómoda vecindad: ante el enorme gasto armamentista venezolano y las cordiales relaciones mantenidas con el Ecuador de Velasco Ibarra, temía un ataque bélico en su contra.¹³

Durante el periodo de gobierno encabezado por Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), se evidencia cierta frialdad hacia el gobierno militar, que durante estos años consolidó su vocación represora y antidemocrática. Las relaciones prosiguieron normalmente, pero en las *Memorias* de la Secretaría de Relaciones Exteriores correspondientes a este sexenio no se menciona el convenio cultural firmado por el gobierno anterior con su homólogo venezolano, ni la prosecución de las conversaciones para establecer un acuerdo comercial con Venezuela. En su último informe presidencial, don Adolfo apuntó: “El derecho de asilo político se vio sujeto a pruebas de las que salió incólume, con reconocimiento general tanto interior como exterior”,¹⁴ en una no tan velada referencia a las dificultades surgidas con el gobierno dictatorial a raíz de las protestas ciudadanas intensificadas durante el mes de enero de 1958, que pusieron fin a diez años de gobierno militar.

Nuestro representante diplomático en Caracas se reveló como un furibundo liberal, rasgo no bien visto por el gobierno del país donde se encontraba acreditado. Mantenía contacto con la proscrita oposición (al parecer bastante estrecho) y elaboraba prolijos informes donde daba cuenta, con todo detalle, de las atrocidades cometidas por el régimen, al que calificó de represor, antidemocrático, militarista, policiaco y plutocrático, en lo que evidentemente tenía razón. En noviembre de 1957, debido a que la misión diplomática mexicana brindó asilo a un estu-

dante¹⁵ acusado de intentar asesinar al hombre fuerte, el general Pérez Jiménez, las relaciones se tensaron, hasta el punto de que el gobierno venezolano pidió la remoción del embajador Martínez de Alva y clamó por que lo sustituyera el general Otero Pablos, quien se encontraba acreditado en Ciudad Trujillo, República Dominicana. La controversia se solucionó con el cambio de embajadores y el otorgamiento del salvoconducto solicitado.

Llegados a este punto, quizá convenga hacer una acotación respecto a la política exterior de México. Durante la posguerra nuestro país tuvo un importante papel en la creación de las nuevas organizaciones multilaterales surgidas en la época, especialmente la OEA, en cuya acta constitutiva se impuso la Doctrina Estrada de la no intervención y la autodeterminación de los pueblos, con lo que se buscó poner un dique a los afanes injerencistas de los Estados Unidos en la región. Si bien es cierto que México necesitaba el aval de su incómodo vecino para lograr el anhelado desarrollo económico, no por eso dejó de expresar su negativa de militarizar el sistema interamericano, de protestar por la composición monopólica del Consejo General de la ONU y el poder de veto de las grandes potencias, y de hacer frente a los intentos estadounidenses de enrolarnos en la disputa ideológica de la guerra fría. Pese a contar con un marco doctrinario que le ha dado organicidad y continuidad a nuestra política exterior, se ha actuado con pragmatismo, como corresponde a un país débil que además posee una larga frontera común con la nación más poderosa de la tierra.

En este contexto, las relaciones de nuestro país con Venezuela son importantes por varias razones: desde siempre ha enarbolado un discurso de acatamiento a los ideales bolivarianos de integración latinoamericana, tanto para hacer frente a los Estados Unidos como para complacer a los ardientes bolivarianos de nuestro país, que forman legión, y de cara al resto de los países iberoamericanos. Es una nación sobresaliente en el plano internacional, debido a su importancia petrolera y sus ingentes recursos naturales, además del destacado papel histórico que desde el siglo XIX ha desempeñado en el subcontinente y de sus pretensiones hegemónicas respecto al Caribe y Centroamérica. Destaquemos también que nuestro país, tradicional tierra de asilo desde los tiempos del general Lázaro Cárdenas—y aún antes—ha recibido numerosos contingentes de exiliados políticos venezolanos, que han dejado su huella en todos los campos del quehacer nacional. ♦

¹² AHDM, 1805-1.

¹³ AHDM, III-1805-9.

¹⁴ *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1.º de enero a 31 de diciembre de 1958, presentada al H. Congreso de la Unión por el C. Lic. Luis Padilla Nervo, secretario del ramo*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1959, p. 13.

¹⁵ Humberto Teraut Villaut, quien estuvo en la embajada casi un año; ingresó en diciembre de 1956.